

Adolescencia y familia en Argentina. Cambios profundos en el proceso de independización

Blas Corsaro* y Marcela Corsaro**

RESUMEN

Se creía que los adolescentes demoran cada vez más la emancipación del hogar y esto se convirtió en un tema urticante por las connotaciones sociales que hoy tiene. *Objetivo:* medir la relación hijos-padres para saber si, al final del siglo, los adolescentes la consideran parte de su proceso de crecimiento o, como antes, una necesidad para liberarse de aquellos. *Hipótesis:* ¿los adolescentes actuales conviven en un clima que les lleva a estar menos urgidos por lograr su independencia del hogar parental? *Método:* entrevistas libre y semi-dirigida con protocolo estandarizado. *Resultados:* durante 1994-99, 280 argentinos (18-20 años, ambos sexos) dijeron estar conformes con la relación (84% con la madre y 72% con el padre), que el clima familiar era agradable (85%) y que les respetaban sus decisiones (88% madre y 85% padre). Pensaban en independizarse (64%), pero no para librarse de los padres (85%), sino porque les daba alegría (71%), para hacer su experiencia (65%), para lograr independencia (57%) o porque se sentían adultos (52%). A la mayoría (53%) no le preocupaba librarse de los padres ni les causaba miedo (56%) marcharse y menos (85%) a perder a sus padres. *Se postuló:* 1. Se confirma que hay demora para vivir independientemente. 2. Tal postergación no se debe únicamente a lo económico –razón siempre unilateralmente invocada-, sino que el clima familiar armónico predispone para seguir viviendo con padres que encarnan los nuevos modelos parentales. 3. Marcharse estuvo asociado más al placer de ser protagonista que a librarse de padres opresores..

Palabras clave: Argentina. Adolescencia. Cambios. Sociedad., Valores. Emancipación.

ABSTRACT

ADOLESCENCE AND FAMILY IN ARGENTINA. DEEP CHANGES IN THE PROCESS OF EMANCIPATION

It was believed that adolescents delay more and more the emancipation from home and this became an updated topic for the social results that it has today. Our objective is to measure the relationship children-parents to know if, at the end of the century, adolescents consider it part of their process of growth or, as it was before, a necessity to be free from them. *Hypothesis:* do current adolescents cohabit in a climate that takes them to be less urged to achieve their independence from parents home? *Method:* free interviews and semi directed ones with standardized protocol. *Results:* during 1994-1999- two hundred and eighty Argentine (18-20 years, both sexes) said to be conformed with the relationship (84% with their mothers and 72% with their fathers), that the family climate was pleasant(85%) and that they were respected in their decisions (88% mother and 85% father). They thought in becoming independent (64%), not to get rid of their parents (85%) but because they will feel happy (71%),or to make their own experience (65%), to achieve independence (57%) or because they felt already mature (52%). Most of them (53%) neither cared get rid of their parents nor felt fear doing that (56%) and did not feel (85%) to be loosing their parents.

It was confirmed that there is a delay to live independently. Such a postponement is not only owed to the economic situation, mostly the harmonic family climate predisposes to continue living with parents that embody new paternal models. . Leaving home is associated more to the pleasure of managing the own life than to getting rid of oppressor parents.

Key words: Argentina. Adolescence. Family. Parents. Changes. Society. Values. Emancipation.

* Dr. en Psicología. Profesor Titular de las cátedras Psicología de la personalidad (Universidad de Palermo) y Psicología del desarrollo (Universidad del Salvador).

** Lic. en Psicología. Docente de las cátedras Psicología de la personalidad (Universidad de Palermo) y Psicología del desarrollo (Universidad del Salvador).

Correspondencia: Marcelo T. de Alvear 2442, 6°, 24. (1122) Bs. As., Argentina. Tel.- fax: (541) (1) 4962-7504. E-mail: corsaro@ssdnet.com.ar

INTRODUCCIÓN

La literatura muestra a la adolescencia como un período donde el odio prima sobre el amor hacia sus padres. En décadas pasadas la sociedad veía grandes enfrentamientos generacionales y asistía, como cosa normal, a la partida prematura de los adolescentes del hogar parental ¿Al comienzo del nuevo milenio tiene las mismas características? ¿Cómo son hoy los vínculos entre los adolescentes y su familia? ¿Padres¹ e hijos² registran cambios relacionales en los últimos lustros? Si así fuera, ¿cuáles son? Estas cuestiones motivaron este estudio.

Adolescencia y familia: su significado hoy

La adolescencia es una etapa de la vida que tiene mucha importancia por las connotaciones individuales, familiares y sociales (Erikson, 1950; Blos, 1971; Aberastury y Knobel, 1973; Castelnuovo, 1990; Dolto, 1993; Aguirre Batzan, 1994; por citar algunos trabajos). Esto es sabido. Lo novedoso es que al final del milenio los investigadores mostraron mayor interés por explorar aspectos más refinados (Lanz, 1998; Scabini, 1998). La importancia de esto radica en que serán los adolescentes los que formarán nuevas familias y posteriormente tendrán que hacerse cargo de sus padres. Tal transmutación sucede en una sociedad con serios problemas de desocupación en todas las edades. Quiere decir que durante esos años de transición entre niñez y juventud tienen que echar las bases para dejar de ser niños y adolescentes y convertirse en adultos responsables. ¿Semejante paso intrapsíquico es tan sencillo y lineal como aparenta?

Sobre este punto asoma una de las primera cuestiones de marcado interés para el estudio de la adolescencia y familia de fin del milenio. Pareciera que en las actuales familias la salida de los adolescentes del hogar parental⁴ es cada vez más tardía y esto es considerado por mucha gente como sinónimo de imposibilidad para responsabilidades mayores. El cuestionamiento básico proviene porque se advierte cierta morosidad por *volar del nido*. Según muchos adultos esto estaría originado por la falta de dinero para mantener su propia vivienda. Se cuestiona, por tanto, por qué no lo hacen en la misma edad cronológica de sus padres y abuelos. Se pone como ejemplo que también las uniones matrimoniales –o de pareja– son cada vez más postergadas.

Por supuesto que para explicar esto no se puede dejar de mencionar la variable económica. Sin embargo, por ciertos indicios que se observan en las consultas psicológicas con padres de adolescentes finiseculares, se pueden reunir las suficientes pruebas para suponer que también intervienen factores psicológicos para explicar ese *volar* tardío. Desde la óptica de la psicología esta partida no es nada sencilla, sino todo lo contrario, como intentaremos sintetizar a continuación.

Los caminos inconscientes de la emancipación

Emanciparse de los padres y ser adultos puede parecer algo muy simple. En la actualidad, las teorías que tratan de explicar los procesos de emancipación del hogar y la adquisición de la autonomía, se agrupan en torno a tres paradigmas principales: cognitivo- evolutivo, psicoanalítico y psicosociológico (Moraleda Cañadilla, 1994: 243). Veremos muy brevemente algunos aspectos del segundo.

Según tal corriente se trata de un camino consciente e inconsciente tan sinuoso como apasionante. Recordaremos brevemente algunas cuestiones indispensables para comprender la real dimensión de ese proceso lleno de sentimientos muy opuestos.

En los primeros años, los hijos ven en sus padres a figuras altamente valoradas y amadas. El psicoanálisis considera de gran significado las experiencias de esos años. Por tanto ¿cómo pueden llegar a abandonar a esos seres tan valiosos? Pero por otro lado al llegar a la adolescencia, sienten el deseo de ser ellos protagonistas, de ocupar otros lugares y de tener que salir de tanta dependencia y sometimiento. ¿Cómo se concilian ambos deseos yuxtapuestos?

El creador del psicoanálisis, Sigmund Freud, llevó esta cuestión a lo más profundo del alma humana. Se valió del concepto de complejo de Edipo para explicar el camino que sigue el hijo para salir del mandato paterno y cómo se abre paso en la sociedad. Esta búsqueda está teñida, desde el comienzo, de un drama que se juega más en el plano inconsciente que en la realidad. Luego de recordar la tragedia de Sófocles basada en el rey Edipo, Freud afirma: «El espectador no reacciona frente a ella, sino frente al sentido secreto y al contenido de la saga. Reacciona, entonces, como si hubiera conocido en el interior de sí, por autoanálisis, el complejo de Edipo (...) como si él se acordara de sus deseos de eliminar al padre y de suplantarlo tomando por esposa a la madre» (O.C., 16: 302).

1, 2, 3. El uso de padres, hijos, niños, es de carácter genérico y no implica referencia exclusiva al género masculino.

4. Se emplea el término parental –más que paterno– para aludir a jefes de hogar a cargo, sean hombres o mujeres.

Desarrollos psicoanalíticos posteriores han mostrado que tales deseos de eliminar al padre eran la fuente de peleas, hostilidades e innumerables conflictos familiares que irrumpen violentamente durante la adolescencia. «La fase de la adolescencia propiamente tiene dos temas dominantes: *revivir el complejo de Edipo y la desconexión de los primeros objetos de amor*» (Blos, 1971: 151, el resaltado nos pertenece).

Este camino inconsciente es posible, según la corriente psicoanalítica argentina que encabezó Arminda Aberastury, a partir de elaborar tres duelos: por el cuerpo infantil perdido, por el rol y la identidad infantiles y por los padres de la infancia. Es importante no perder de vista éste último aspecto. Mucho más recientemente se recalcó que en tales duelos no es todo pérdida: «el adolescente no pierde, sino que cambia, se transforma. Si bien le cuesta dejar lo conocido (infantil) desea fervientemente lo nuevo y puja por lograrlo y ejercitarlo tanto más que lo que se apena por alejarse de su pasado, que sobredimensiona e idealiza a partir de las dificultades y angustias que le apareja lo nuevo» (Urribarri, 1990: 792).

En esa lucha silenciosa e inconsciente, muchas cosas se modifican en los adolescentes. «Mientras que previamente los padres eran sobrevalorados, considerados con temor y no valorados realísticamente, ahora se vuelven devaluados y son vistos con las ruines proporciones de un ídolo caído» (Blos, 1971: 138) ¿Esto es así en la actualidad? (véase Discusión).

La independencia de los padres dentro de las concepciones psicoanalíticas comienza entre los cinco meses y los tres años que es cuando los niños ³ se separan de sus madres y caminan por sí solos. No dejan de sentir que «en cada nuevo paso del obrar independientemente se da una amenaza mínima de pérdida objetual» (Mahler, 1984: 91). Aquí lo destacable es el temor a la pérdida de las figuras parentales.

Cuando los adolescentes sienten que «este alejamiento que incluye la renuncia a los viejos lazos incestuosos con los padres, es un proceso de desidentificación y reidentificación doloroso y culposos, que equivale parcialmente a la pérdida ambivalente de un objeto de amor» (Kancyper, 1990: 750). Según se puede ver «a través del análisis [psicoanalítico] la intensa simbiosis con la madre: la actuación sexual no aparece como defensa frente al impulso regresivo a la madre arcaica; por el contrario, está al servicio del mantenimiento del vínculo simbiótico, pues actúan los ideales maternos reprimidos» (Siedmann y Luraguiz, 1990: 621).

Pero en estos años, este panorama inconsciente se complica: se suma a lo anterior lo relativo a su identidad que adquiere característica de crisis.

Si bien en cualquier momento del ciclo vital se puede sufrir una crisis de identidad, durante la adolescencia es más significativa porque su psiquismo carece de estabilidad. Este aspecto «es un requisito para el mantenimiento de la cohesión yoica» (Castelnuovo, 1990: 670). Los cambios intensos para el pasaje de niño a adulto, le llevan a vivir una verdadera desestabilización. Por tanto, los adolescentes sienten que «la angustia ante el cambio está indisolublemente ligada a su opuesto, la angustia ante el buscado cambio» (Abadi de Taraciuk, 1990: 709).

Por todo lo aquí sintetizado se hace claro que abandonar a las figuras parentales -el padre asociado con el odio, la madre con el amor y las inseguridades que siente el adolescente por todos sus cambios bio-psico-sociales, no es tan sencillo como se puede suponer. Esta sería una de las razones por las cuales en esos años, surgen tantas fricciones con el medio familiar y social y que se ha tornado en los motivos de consulta más frecuentes o en las preocupaciones más sobresalientes de los estudiosos de la sociedad..

Tal vez usted se está preguntando ¿entonces para el psicoanálisis no hay adolescencia sin estos enfrentamientos familiares? Entre las respuestas posibles se cuentan que para la teoría psicoanalítica, el camino normal que va de la niñez a la adultez implica un camino intrapsíquico que puede ser libre o lleno de obstáculos. Entre otras operaciones inconscientes se cuentan: renunciar a los padres idealizados, identificarse con otros -padre de amigos, ídolos, profesores, etc.- y finalmente hacer una reidentificación con los padres reales. Esto conducirá a que «sólo cuando el adolescente es capaz de aceptar simultáneamente sus aspectos de niño y de adulto, puede empezar a aceptar en forma fluctuante los cambios de su cuerpo y comienza a surgir su nueva identidad» (Aberastury, 1973: 17).

Esto respecto de los hijos. La situación de los padres no es menos sinuosa. Los progenitores también tienen que desprenderse de los hijos infantiles. Deben acostumbrarse a que «el nene» dejó de serlo y que la «nena» ahora puede decidir sola si hará o no lo que se le pide o se le impone. ¿Pueden los padres aceptar tales decisiones sin sentirse confundidos por la herida narcisística que significa perder su poder de padres? ¿Pueden ver en “el nene”, “la nena” a personas grandes, con decisiones que habrán de respetarse? ¿Las podrán valorar? Para muchos esta nueva situación es desestabilizante. Inconscientemente reaccionan imponiendo castigos. Así comienzan los enfrentamientos generacionales. «Tienen dificultades para aceptar el crecimiento a consecuencia del sentimiento de rechazo que experimentan frente a la genitalidad y la libre expresión de la personalidad que surge de ella. Esta incomprensión y rechazo se encuentran muchas veces enmascarados bajo el otorgamiento de una excesiva libertad que el adolescente vive como abandono y que en realidad lo es. Frente a esta actitud, el adolescente siente la amenaza inminente de perder la dependencia infantil -si asume precozmente su rol genital y la independencia total- en momentos en que esa dependencia es aún necesaria» (Aberastury, 1973: 17).

Resumiendo: en décadas pasadas a los hijos se los consideraba rebeldes, violentos y opositores, “la más moderna y perturbadora representación del adolescente: la del Victimario” (Adelson, 1978: 124]). Estudios posteriores mostraron cambios. *El énfasis está puesto, ahora, en la dinámica del cambio para el cual interviene, activamente, toda la familia* (Cigoli, 1985; Collins, 1990; Gratevant y Cooper, 1996; y Jackson e Borsna, 1992; y Youniss, 1983 [cita Lanz, 1998: 56].

Realidad social de la adolescencia actual

El período. No hay aún total acuerdo acerca de los años que éste comprende. Para la OMS (Organización Mundial de la Salud) abarca de 10 a 19 (Henriques Mueller y Yunes, 1993: 47); para la mayoría de las teorías psicológicas de 10-12 a 22-24 años y para algunos autores se prolonga hasta los... 29 (Aguirre Batzán, 1994: 28).

Estadísticas con adolescentes

Cifras en el mundo. A comienzos de 1900 la población mundial era de 1500 millones. El flamante 2000 cuenta con 6.000 millones. Para el 2050 se pronostica que habrá 8.900 millones (se calcula que el planeta crece a razón de 78 millones de almas por año). Hoy, en 62 países de África, Asia y América Latina, entre 30 y 45% de la población es menor de 15 años (La Nación 22-9-99 y 15-10-99, Naciones Unidas, 1995: 1). Globalmente la OMS pronosticó que la población mundial de 15 a 19 años en el comienzo del flamante siglo rondará los 1300 millones (Anzillotti, 1995: 5).

Cifras en América. Según trabajos de la OPS (Organización Panamericana de la Salud) en 1993 los adolescentes representaban el 25% de la población total, es decir, 224,4 millones. El 70% residente en América latina y Caribe (Henriques Mueller y Yunes, 1993: 50).

Cifras en EE.UU. Para el año 2006 este país tendrá, como adolescentes, a la *Generación Y*. Se trata de la más grande explosión demográfica desde la Segunda Guerra Mundial. Comprende 30 millones, 20% más de lo habitual (Graham, 1997).

Cifras en Argentina. A comienzos de 1990 los menores de 15 años significaban el 30,3% de su población (Noticias, 1993: 05-12). En enero del 2000 los adolescentes 15-19 representan el 9,1%, según proyecciones (INDEC: Análisis demográfico 1995, Serie 5, último censo, 1991). Entre las proyecciones efectuadas se cuenta que lo esperable para el 2025 es que «entre los hombres, lo más significativo será la reducción de la tasa de actividad de los jóvenes (15-24 años) como consecuencia de la prolongación de la escolaridad» (Torrado, 1995: 18).

Hijos que viven con padres

Europa Meridional. En esta parte de Europa que abarca España, Grecia e Italia, durante 1994 hubo 96% de varones de 15-19 y 91% para 20-24. En esta última franja hubo aumento: en 1986 alcanzaba el 87% (Scabini 1998: 53). Respecto al sexo y edad, también se advierte aumento: en 1986 los varones llegaban al 51% y en 1994 al 65%. Por parte de las mujeres entre 1986 y 1994 hubo mayor proporción en 20-24 y 25-29. En este fragmento se pasó del 29% al 44%. Italia es el país con más alto índice de dependencia. Hasta los 25 es lo mismo en varones y mujeres. Entre 25-30, el 35% de las mujeres se marchó sin ser económicamente activa (ob.cit. 54). En España, estudios posteriores concluyeron que 15-24 vivían con los padres: varones 92% y mujeres 88%; con pareja: varones 3% y mujeres 7%; con amigos o solos: varones 3% y mujeres 3%. (TVE. 1995).

Europa Central. Para este sector que comprende Francia, Alemania e Inglaterra, durante 1994 se obtuvo, 20 a 24, varones 61%, mujeres 41%; 25 a 29, varones 25% y mujeres 11%. Inglaterra tiene índices más bajos (Scabini 1998: 53).

Argentina. En 1980 el 69,2% de varones y el 57,9% de mujeres de todo el país de 15 a 24 años vivían con los padres. En 1991 los porcentajes se elevaron al 74,4% en los varones y 64% en las mujeres (Susana Torrado, basándose en datos de censos de poblaciones. Cita Guerriero, 1996: 33). De 1992 al 1998 en dos muestras longitudinales con 1019 sujetos de 14 a 24 años se obtuvo que en 1992 vivían solos 4,4%, casados 14% y en pareja 5,6%. En 1998: solos 1,8%, casados 3,9% y en pareja 3,8%. En 1992 se fueron 24% y se quedaron 76%. En 1998 se fueron 9,5% y se quedaron 90,5% (Demoscopia, 1999, información personal). Como se puede apreciar, la permanencia va en aumento.

Argentina. Los hijos no se van

Sobre el final del siglo, los medios audiovisuales (TV, diarios y revistas) muestran a familias con hijos de 25 o 29 años que continuaban aún en el mismo hogar. «El fenómeno de los jóvenes mayores de veinte años que siguen viviendo en la casa de sus padres es una tendencia que revela cambios en la familia argentina, pero

también miedo a crecer, dicen los expertos. Padres democráticos y permisivos dieron origen a una generación que no asume las responsabilidades de los adultos y *encuentra en la casa de papá y mamá el colchón que sirve para amortiguarle los golpes de la vida*» (Rojas, 1994: 74; el subrayado nos pertenece), se indicó en una revista dominical que llegó a más de 700.000 hogares. Dos años después, en otra de matutino diferente pero de igual imponente tiraje, se afirmó que «hasta hace unos años, cumplir 20 significaba pensar en la independencia. *Como fuera y donde fuera, pero lejos de la casa parental*. Hoy, los jóvenes suelen no darse tanta prisa y lo piensan varias veces antes de lanzarse a la aventura» (Guerriero, 1996: 33, el resaltado nos pertenece). A pesar de los años de diferencia, en ambas aparecen iguales testimonios. Por ejemplo: Marcelo Fernández que tiene 28 años a los 22 se recibió de abogado y luego se especializó en derecho administrativo. Vive con sus padres y una hermana. Está de novio con Paula, 26, médica recibida a punto de terminar su residencia en pediatría. Y aunque a veces no le queda demasiado tiempo libre, cuando tiene muchas ganas de verla la invita a dormir en su casa. «Mis viejos no tienen problemas en que se quede -dice Marcelo-. Pero nosotros hacemos todo lo posible por no molestar». Esto significa que no duermen juntos. «Nos quedamos en la habitación de mi hermana que tiene dos camas». Cuidan las formas desde que una vez, cuando se encerraron en el cuarto más de la cuenta, su papá le susurró, cómplice, «*che, no seas boludo que a mamá no le gusta*». Y Marcelo le dio la razón. Desde entonces avisa cada vez que Paula se va a quedar a dormir. «No es una obligación, es por respeto, aclara» (Rojas, 1994: 77). Dos años después, otra revista presenta casos parecidos. Flavia Parrenti tiene 22 y los fines de semana se despierta dichosa entre los brazos somnolientos de su novio para tomar el desayuno en la mesa con papá, mamá y los hermanos. «Mi mamá es una santa -dice-. Mi novio ahora se queda a dormir» (Guerriero, 1996: 34).

Como se puede apreciar, lo relativo a las relaciones hijos-padres sobre el final del milenio asoma con una nueva realidad social muy diferente a la de décadas pasadas.

Objetivo. A partir del presente panorama teórico y social, se consideró necesario un trabajo de campo longitudinal (1994-1999) con adolescentes argentinos de 18 a 20 para comprobar si tal realidad era sustancial o momentánea. Y para conocer, por parte de los propios protagonistas, cómo califican el clima hogareño en el que se desenvuelven diariamente con su propia familia, si se sienten aceptados y respetados por estos, si toman decisiones, si sus padres se las respetan y otras cuestiones que, directa o indirectamente, posibilitan el pasaje de la dependencia a la independencia. Sus resultados permitirán decir, creemos que con más seguridad, si hoy la variable económica es la *única* causa para postergar su emancipación de la casa de los padres.

MÉTODOS Y MATERIALES

Estudiantes de grado de tercer año de la carrera de psicología⁵ entrevistaron a 280 adolescentes y realizaron entrevistas libre y semi-dirigida. Mediante protocolo estandarizado con preguntas cerradas obtuvieron las respuestas cuantificables que aquí se entregaron.

Hipótesis. ¿Los adolescentes actuales conviven en un clima de armonía con sus padres y al sentirse aceptados y respetados están menos urgidos por lograr su independencia o por emanciparse del hogar parental?

Diseño de la muestra. Adolescentes residentes en Capital Federal y Gran Bs. As..

Inclusión. Edad: 18 a 20. Sexo, niveles social, económico y de estudios: sin exclusión.

Exclusión. Menores o mayores de esa edad; enfermos con trastornos psicológicos graves; residentes fuera del Gran Buenos Aires; extranjeros.

RESULTADOS

Período: 1994-1999.

Total de la muestra: 280 adolescentes de 18 a 20 años.

Nacionalidad: argentina (79% nació en Capital; 21% en el resto del país).

Edades: 18: 97 (35%), 19: 79 (28%) y 20: 104 (37%).

Sexos: varones 32,5% y mujeres 67,5%.

Estudios: Primario completo 100%. Secundario completo 82%. universitario iniciado 68,57%.

Estado civil: Solteros 263 (94%), pareja 16 (5,70) y casados 1 (0,35%).

Viven con padres: 233 (83%), con abuelos 9 (3,21%), con otros familiares 20 (7%) con amigos 11 (4%) con otras personas 12 (2,5%) y solos 5 (1,79). (La sumatoria da más de 280 debido a que algunos mencionaron que vivían con padres, con abuelos y con otros familiares).

Residencia actual: Capital Federal (75%) y Gran Bs.As. (25%).

5. Han sido estudiantes de Psicología de tercer año, turno noche, de la cátedra Psicología del Desarrollo (1994-99) que tuvieron a su cargo las entrevistas efectuadas.

Tabla N° 1

Items investigados	SI (%)	NO (%)
Se siente conforme con la relación con su madre	84	16
padre:	72	28
Siente que respetan sus decisiones (madre)	88	12
(padre)	85	15
Siente el clima hogareño agradable	85	15
Siente preocupación por ser independiente:	45	55
Siente preocupación por ser libre de los padres:	47	53
Busca independencia porque se siente adulto:	52	48
Pensó en vivir independiente:	64	36
Lo hace para:		
hacer su experiencia:	65	35
lograr independencia:	57	43
librarse de los padres:	15	85
se siente grande:	29	71
Lo hace porque:		
le da alegría:	71	29
le da miedo:	54	46
le da miedo perder a los padres:	15	85

DISCUSIÓN

La hipótesis fue ¿los adolescentes actuales conviven en un clima de armonía con sus padres y al sentirse aceptados y respetados están menos urgidos por lograr su independencia, o por emanciparse del hogar parental? Los resultados permiten afirmar que sí y que por tanto *si los hijos gozan de respeto y libertad, no tienen motivos para oposicionismos, hostilidades y partidas del hogar prematuras*. Francoise Doltó dice que «los jóvenes que en 1988 permanecen en su casa, dan valor a la familia, a la fidelidad, al amor, a la salud» (Doltó, 1993: 80).

Si bien esta sería la respuesta global, por todas las variables que están en juego (véase Introducción), es necesario discutir cada parte interviniente.

Discusión acerca de la armonía familiar. Por las afirmaciones de los 280 investigados, los adolescentes argentinos de fin de siglo conviven en un clima hogareño agradable (85%). Sienten que es un medio que respeta sus decisiones: más por parte de la madre (88%) que del padre (85%). Están más conformes con la relación con la madre (84%) que con el padre (72%) (éste aspecto se amplía más adelante).

Tales resultados solidifican, además, afirmaciones halladas en revistas populares argentinas (Rojas, 1994; Guerriero, 1996) en las que se mostraba la prolongación de los adolescentes en el hogar parental. Se enfatizaba (ver Introducción) el bienestar que los adolescentes tenían junto a sus padres y cómo el carácter democrático de éstos les daba «el colchón que sirve para amortiguarle los golpes de la vida» o que quedó atrás aquello de «cumplir 20 significaba pensar en la independencia. Como fuera y donde fuera, pero lejos de la casa paterna» o «padres que detestan la sola idea de ser considerados autoritarios, es tan difícil como decir un amigable adiós» (Daiha y Barro, 1995: 147).

También reafirman estudios científicos (ver Discusión con el valor de la familia).

Discusión acerca de la calidad de los padres. Entre los resultados del presente estudio se destaca que los padres -más la madre- tienen hacia los adolescentes marcado grado de comprensión. Los hijos se sienten conformes con la relación (madre, 84 y padre 72%); además sienten que respetan sus decisiones (madre 88 y padre 85%).

Esto es coincidente y contrastante con la imagen de los padres de otros años en el orden internacional. La psicoanalista francesa Francoise Doltó afirma que como madre respetó su libertad (1993: 79) pero que «las

salidas de mis hijos despertaban tensión en su padre, que quería controlarlos. Mi marido había dado 'permiso de medianoche' y mi hijo Jean volvió tarde. Fue eso lo que le hizo decidir abandonar la casa. El segundo se quedó; pero ya no volvió a hablar con su padre (1993: 80)».

No es un caso único sino que estudios europeos centrados sobre esta problemática, concluyeron que, «como era de esperar, los padres fueron calificados por los hijos como más autoritarios, mientras que las madres como más igualitarias y permisivas. Esto concuerda con resultados obtenidos por otras investigaciones (Dropleman, 1961; Dubbe, 1965; Fitzgerald, 1966, Meissner, 1962) que indican que los adolescentes tienden a considerar a sus padres como más estrictos en su disciplina y más agresivos y a sus madres como más comprensivas emocionalmente, más expresivas en el afecto, más interesadas por el hijo y más protectoras» (Moraleda Cañadilla, 1994: 260) (ver además Discusión con el valor de la familia, más adelante).

Aunque estas diferencias entre padre y madre parecieran irrefutables hasta el presente, sería interesante que en futuros estudios se pudiese medir si hay variaciones en las últimas décadas del siglo pasado y los primeros años del XXI respecto de la calidad de los padres varones.

Discusión acerca de la búsqueda de independización. Si los componentes de esta muestra expresan tal grado de bienestar ¿quiere decir que los adolescentes no piensan, no hacen proyectos para vivir lejos de los padres? La respuesta es sí: la mayoría (64%) piensa en eso.

En esta muestra también se obtuvieron respuestas a las motivaciones para tal proyecto.

Lo primero que dejan rotundamente establecido es que *no lo hacen para librarse de los padres* (85%). La mayoría (53%) no vive como preocupación tener que ser libre de los padres. Tampoco quieren ser independientes porque se sienten grandes (71%) aunque el 52% se siente adulto. Entonces ¿por qué quieren ser independientes? Según sus propias respuestas colocan en primer término que *lo hacen porque les da alegría* (71%), luego para hacer su experiencia (65%) y *finalmente* para lograr su independencia (57%).

Merece repararse que la alegría de ser protagonistas de un hecho tan significativo, les resulte más importante que querer lograr su independencia. Es decir, tal búsqueda de libertad no está asociada con incomodidad, incompreensión o falta de respeto sino con la esencia del modo de pensar y sentir de la adolescencia. Es un modo de prepararse para la etapa siguiente: intimidad vs. aislamiento (Erikson, 1980).

Avanzando en el análisis de la no partida (93%), la pregunta obligada es ¿no será que no se van de casa por miedo y, más específicamente por miedo a perder a sus padres? La respuesta es que a casi la mitad (54%) les da miedo irse pero para la mayoría (85%) tal miedo *no se debe* a perderlos. Viven con los padres (83%), con abuelos (3%) y con otros familiares (7%).

Estos porcentajes están cercanos a estudios argentinos anteriores y actuales. En uno de ellos, también de Capital Federal y Gran Bs. As. con 1019 sujetos 14-24 y 1002 de 25 en adelante, se obtuvo en ambos que la mayoría (73%) pensaba en la independencia. Pero entre los adultos, "menos del 5% de ellos decidió por esta opción" (Deutsche Bank, 1993: 33). El mismo estudio, pero de 1998 encontró que en la franja 14-24 sólo se fue el 9,5 y se quedó el 90.5% (Demoscopia, 1999, información personal).

Entre las razones por las cuales al 85% no les da miedo perder a los padres si se llegasen a independizar, pensamos que se cuenta que la buena convivencia con aquellos les dejó sólidas raíces afectivas para no tener miedo a perderlos si es que no están físicamente presentes. Cabe suponer, de acuerdo a postulados psicoanalíticos, que estos adolescentes han podido introyectar todo el significado de esa relación agradable. No necesitan de ellos físicamente para sentirlos cerca o estar bien acompañados. Habría una repetición del proceso de separación e individuación que se experimenta, por primera vez, entre los 24 y 36 meses. En esos meses se logra la separación física de la madre (así comienza el gateo y la marcha) si es que previamente consiguió «un creciente grado de constancia objetal» (Mahler, 1984: 47). En la adolescencia se repetiría el mismo proceso, pero ahora con la separación e independencia propia de la adultez. En este caso, las buenas experiencias del clima agradable vivido, funcionarían como esa constancia objetal reaseguradora que sería lo que les permitiría no extrañarlos (dicho al pasar: esto no es posible para quienes sufren del trastorno de la personalidad por dependencia (DSM-IV, 1995: 682).

En el orden mundial (26 países -Argentina inclusive- con 6.547 adolescentes 15-18 al preguntarles ¿a qué edad te quisieras ir de la casa de tus padres? se obtuvo: antes de los 18 el 13% (en Argentina 1%), entre 19-24 el 40% (en Argentina 30%), entre los 25-29 el 20% (en Argentina 47%), a partir de los 30 el 4% (en Argentina también el 4%) y nunca el 6% (en Argentina 7%) (reproduce Daiha y Barro, 1995: 149). Es digno de tenerse en cuenta que en Argentina el más alto porcentaje (47%) corresponde a quienes piensan irse de la casa parental entre los 25 y 29.

Discusión acerca del valor de la familia. La valorización que hacen en este estudio los adolescentes de su familia es: se sienten conforme -84% con la madre y 72% con el padre-, sienten que el clima hogareño es agradable -85%-, y que respetan sus decisiones -88% la madre y 85% el padre-.

También estos valores son cercanos a los obtenidos por estudios previos. Entre ellos, uno de Unicef de Argentina (1995), que abarcó todo el país con 10-25. Se obtuvo que el 79% consideraba a la familia como uno de los espacios sociales centrales de su vida. El 56% de 14-17 -edad crítica de la relación padre-hijo- se sentía muy respetado por sus padres. En las restantes edades tal sentimiento de respeto subía al 64% (Viva, 1995: 59; encuesta Unicef).

En ambos estudios coinciden las cifras del clima hogareño. En cambio, hay diferencias en cuanto al respeto que sienten. La explicación que encontramos es que la muestra de Unicef abarca toda la adolescencia (10-25). La presente, sólo el final (18-20). En la franja 14-17 los enfrentamientos adolescentes-padres son los más altos: repárese que en la misma muestra los porcentajes cambian según sean los años.

También reafirman estudios científicos (N= 1002 para 14-24 y 1002 para 25 en adelante): «en general la familia como institución, como valor, ocupa un lugar de privilegio entre los jóvenes argentinos, quienes creen que se necesita una familia para ser feliz: 68% no duda de ello, habiendo una tendencia mayor entre las mujeres que entre los varones» (Deutsche Bank, 1993: 36).

También hay coincidencia con encuestas internacionales: cinco continentes, 26 países -Argentina inclusive-, 6.547 adolescentes de 15 a 18. Se obtuvo que en primer lugar -fuera de sí mismos- confiaban en los padres (79% en el mundo, 93% para los argentinos) (reproduce Daiha y Barro, 1995: 143). Pero en un posterior seguimiento, más amplio aún, 44 países -Argentina incluida- con 27.600 adolescentes 15-18, el 56% ponía el énfasis en la relación con la familia y el 63% se preocupaba por «la salud de mis padres» (DMB&B, 1995-96).

Hay igualmente coincidencia entre los resultados de nuestro estudio e investigaciones similares recientes de España. El 92% de los adolescentes (15-24) que vivían con sus padres, expresó que estaba contento con ellos. Cuando se le preguntó con quién le gustaría vivir, el 48% -de ambos sexos- indicó: “con mis padres, con mi familia”

En el extremo opuesto, tales resultados contrastan con los de décadas pasadas: “Los pasmosos resultados publicados un mes antes de la explosión de mayo de 1968 por una publicación católica que había encargado un sondeo entre jóvenes de 15 a 18 años, entre otras cosas, se les pedía que calificaran, mediante una nota de 0 a 5, sus relaciones con cada uno de sus progenitores en diferentes campos. Una minoría de madres, aunque se trataba de una minoría relativamente importante, recibía la nota máxima de 5. En cambio ninguno, absolutamente ninguno de los encuestados, ni varones ni mujeres, gratificaron con un 5 ninguno de los aspectos de sus relaciones con el padre. Los comentarios ajenos a esas notas cortantes eran elocuentes: “apenas le veo” “hablamos poco” “a eso no se le puede dar el nombre de relaciones” (Sullerot, 1993: 157).

En síntesis: por los resultados de nuestro estudio como de otros con muestras nacionales e internacionales, se hace evidente que la valoración de la familia por parte de los adolescentes está en el más alto nivel.

Discusión acerca de la variable económica. Uno de los objetivos para la presente investigación fue averiguar si la incidencia de la variable económica era la única causa que tienen los hijos para permanecer en el hogar parental. La respuesta global es: por todos los resultados obtenidos en este estudio, al fin del siglo la cuestión afectiva también es una poderosa incidencia. Pero si la variable económica se invoca muchas veces como única se debe a la situación actual argentina y del mundo.

Según el censo argentino de 1994, los varones desocupados 20-24 años, sumaban el 11.7% y las mujeres de igual edad llegan al 8% (Informe argentino sobre desarrollo humano 1995: 224). Las últimas mediciones (INDEC, Agosto 1997) evidencian que para 15-19 de todo el país se llegó al 34%, para 20-24 a 22,1% y para 25-29 a 13,4% (Bonelli, 1999; Kanenguiser, 1999). Conocedores de este panorama, las estudiantes argentinas que concluyeron sus estudios secundarios salieron a la calle portando una llamativa indumentaria con la leyenda: “Egresados 1999. Desocupados 2000” (*ibíd*)

En el orden mundial la situación a fin de siglo es que «según las estadísticas de la Unión Europea, el 32,1% de los italianos menores de 25 años no tiene trabajo. Este es un récord entre los países de la comunidad europea. En Francia, la desocupación juvenil es del 26%» (Alvarez Murena, 1999).

Junto con esta realidad económica, hay testimonio de adolescentes y jóvenes que muestran tanto esta variable como la de tipo psicológico. «No me puedo pagar las clases de guitarra», dice Carlos Giesenow, 22, rockero desocupado. «Quiero disfrutarlos sanos, estar con ellos al máximo, soy muy compinche con ellos y a mi novio lo tratan como al hijo varón que no tuvieron» argumenta Silvina Mañá, 24, estudiante del último año de medicina. Otros testimonios son más contundentes: «no tuve ni tengo necesidad de irme a vivir solo. Acá (con los padres) estoy cómodo y puedo moverme con independencia» (Mariano Polack, 22, futuro odontólogo) (todas declaraciones a Rojas, 1994). «A mí me encanta estar con mis viejos en mi casa. Los padres son incondicionales, siempre te dan el mismo tipo de amor y no te piden que seas un héroe» (Rubén, 30, ingeniero civil con buenos ingresos y compartiendo casa con padre, madre y una hermana menor; declaraciones a Guerreiro, 1996).

Esta nueva realidad argentina coincide con la de España. Allí INJUVE en una muestra (15-24) que vivían con sus padres (cerca del 90% para ambos sexos) al preguntarles con quién les gustaría vivir obtuvo que... el 48% indicó “con mis padres, mi familia” (TVE, 1995).

Como se puede apreciar, estas similitudes internacionales son muy diferentes de aquellas que vivieron personas nacidas en décadas anteriores y víctimas de otro estilo de parentalidad. Para ellas el logro de la independencia fue por demás traumático. Algunos ejemplos pueden ser: «Ella tenía 19 y corrían los años sesenta. -No aguantaba vivir con mis viejos- recuerda Marina Repetti, hoy 49, así que alquilamos con dos amigas un *sucucho* (departamento muy pobre) y nos fuimos. Sin nada. No había heladera, teléfono ni televisor, pero no importaba» (Guerreiro, 1996). Este es un testimonio argentino muy semejante a lo sucedido en Francia con el hijo de Françoise Doltó que, entre soportar a un padre incomprensivo y marcharse con lo puesto, él tampoco dudó (véase Introducción). Tal vez entre el 35% de las jóvenes italianas (25-30) habrá habido muchas que se vieron obligadas a apurar la partida pese a ser económicamente insuficientes (Scabini 1998: 54).

En los estudios centrados en estas cuestiones se pueden encontrar afirmaciones como «los comportamientos de los adultos agravan mucho las dificultades de los adolescentes» (Doltó, 1993: 80) y «la facilidad o dificultad en la adquisición de la independencia y autonomía de los adolescentes parece ser que está también relacionada en gran medida con el modo de ejercer los padres la autoridad en el hogar» (Moraleda Cañadilla, 1994: 259).

Estos son unos pocos testimonios -limitados por el espacio- en los que se puede apreciar que la variable económica está presente, *es indudable*, pero al final del siglo se encuentra también ¿o mucho más? que el calor afectivo de los padres predispone a los adolescentes y jóvenes a disfrutar su presencia y cercanía física como nunca antes había sucedido. Algunos trabajos recientes han dejado de lado la variable económica y marcaron que en esta relación hay una nueva sociedad en la cual los hijos serían los ojos de los padres que les ayudarían a ver el mundo con la frescura propia de los adolescentes y “la giovanezza ideale” (la juventud ideal) (Scabini, 1998: 55).

Con estas cifras se hace por demás elocuente el fuerte peso que tiene la cuestión económica. Pero lo que queremos enfatizar aquí es que a fin del milenio la variable afectiva pasó a tener tanto o más peso que aquella para comprender la partida tardía del hogar parental. *Consideramos que cuando las condiciones familiares son adversas, cada adolescente o joven agudiza su ingenio para marcharse, como sea y donde fuera porque cronológica y socialmente tiene más posibilidades que cuando infante.*

Discusión de la influencia de los medios masivos. La preocupación de los padres por un mayor bienestar de sus hijos se advierte en tratamientos de psicoterapia y en reuniones sociales. Sobre el fin de siglo diarios y revistas daban testimonios de que «los tiempos han cambiado: en casa de mamá y papá las decisiones se toman en conjunto, la democracia arrecia y la rebeldía de huir con el paquete de ropa bajo el brazo se ahoga ante la crisis económica, pierde su sentido bajo la mirada complaciente de los nuevos padres. «Hay una redistribución de autoridad dentro de la casa» -dice la psicoanalista Eva Giberti a cargo, en los años sesenta y setenta, del Consultorio para Adolescentes del Hospital de Niños» (Guerreiro, 1996: 33). Este testimonio es doblemente interesante. Importante por lo que dice, pero especialmente por quién lo transmite, Eva Giberti: profesional que desde 1957 comenzó su tarea en la Escuela para Padres y con el tiempo llegó a ser representante por la Argentina de la Federación Internacional de Educación para padres que asesora a la OEA y a la UNESCO. Su labor de divulgación a través de los medios de comunicación masivos argentinos ha sido permanente en las últimas décadas (Brunet, 1993: 54).

Pero el empleo de los medios masivos de comunicación no respondió a una acción organizada ni estuvo reservada exclusivamente a los profesionales de la salud mental. Fue surgiendo por acción natural y aprovechada por profesionales, pensadores, literatos o figuras destacadas. Muy posiblemente, su prédica pudo llegar a más personas que la de los profesionales de la salud mental. Los testimonios reales asomaban rápidamente. Jorge Marrale (actor argentino protagonista de un ciclo televisivo de mucha audiencia en 1999) en pleno éxito afirmó en un diario de gran difusión a raíz del nacimiento de su tercer hijo: «Con él aprendo todos los días. Me encanta ver cómo mira y cómo me mira, cómo me descubre con su mirada. Me hace muy feliz haber vencido el prejuicio de tener otro hijo a esta edad. Así que otra vez estoy con el tema de los pañales, los últimos que había cambiado eran de tela» (Fernández, 1999).

Creemos que estos testimonios ilustran el papel de los medios para difundir el pensamiento de los profesionales y de figuras de fuerte impacto en la psiquis de los nuevos padres. Pero además, estos mismos mensajes evidencian la preocupación parental, desde la cuna, para crear un nuevo modo de relación. Se puede inferir que tal grado de atención muy seguramente dejará pocos residuos para que se formen adolescentes rebeldes. «La rebelión abierta, sucede cuando el hijo, generalmente en la última parte de la adolescencia hasta los primeros años de la adultez, toma la posición opuesta a la de su padre, en todas las áreas, incluyendo sociales, económicas y políticas. Muchos hijos de padres machos [uno de los estilos paternos para el autor] se rebelaron durante el último período de la década de 1960. Tomaron el momento histórico para convertirse en hippies, huir de casa y vivir en departamentos compartidos con otros, en sitios como Haight-Ashbury o en comunas, como un acto de rebelión contra sus padres machos rígidos» informó Yablonsky (1993: 52) al cabo de estudiar a 564 padres.

En lo opuesto a este alentador panorama, también hay trabajos en los cuales se alerta que la situación entre padres e hijos todavía atraviesa zonas grises. “La transmisión de significaciones a las generaciones siguientes está alterada. Si anteriormente éstas eran demasiado rígidas e impedían en gran medida la creatividad de los jóvenes para resignificar los mandatos, ahora la excesiva apertura, la vacilación de los padres los deja angustiosamente sin sostén, con sensación de desamparo”, se sostuvo en un reciente congreso (Insua, 1995: 6). Estudios más recientes indican que los adolescentes afirmaron «no hay/había expresiones de afecto en mi familia: jóvenes 11,4; adultos: 14,6» (Deutsche Bank, 1993: tabla 5). Esto quiere decir que el 88,6% y 85,4%, respectivamente, sí conocieron tales demostraciones afectivas. Pero más grato aún es ver que va en aumento: del 85,4 de los adultos (con padres de una anterior generación) a 88,6 de los adolescentes (*ibíd.*).

Discusión de esta muestra. Los resultados de esta investigación no pueden ser más que una tendencia que confirman los cambios que se están observando en la sociedad actual. Se trata de una muestra de 280 casos heterosexuales. Tiene a su favor que fue longitudinal (1994-99) y al azar. Tiene en contra: 1. No refleja totalmente a la adolescencia de todo el país porque se basa en casos Capital Federal. 2. Refleja más la situación de la población con mayor nivel cultural: el 100 por 100 completó el colegio primario, el 82% finalizó el secundario y el 68% inició estudios universitarios. 3. El nivel socio-económico no se midió, pero la muestra tuvo lugar entre gente de clase media.

A pesar de estas condiciones, *sus resultados resultan válidos* debido a que son altamente coincidentes con muestras con mayor número de encuestados (Demoscopia (1999), Deutsche Bank (1993)), con otras de índole nacional (Unicef; reproduce Viva, 1995), y con algunas internacionales en las que se indagó a adolescentes de... 44 países de cinco continentes (DMB&B, 1994-95 y 1996). En cada apartado, se mostraron las coincidencias o diferencias.

Posibles consecuencias. ¿Dónde pueden conducir estos resultados que confirman la tardía emancipación del hogar parental? Por nuestra parte, suponemos que es muy probable que el primer cuarto del nuevo siglo lleve a que no sólo los adolescentes se marchen cada vez más tarde -por cuestiones *económicas* y *afectivas*- sino que ese bienestar les puede llevar a postergar la concreción de casamiento, que es, por otra parte, una tendencia creciente en la nueva sociedad. Por ciertas encuestas mundiales se sabe que el 20% en 25 países piensa casarse a los 25 años, el 29% de los adolescentes argentinos dijeron que lo harán entre los 26 y 27 años, el 28% de todo el mundo lo piensa hacer a los 25 y que el 17% de los argentinos a los 30 o más (DMB&B, 1994-95; reproduce Daiha y Barro, 1995: 149).

Estudios muy recientes de Japón reafirman esa inclinación internacional. En 1950 la primera boda se producía a los 26 años para los hombres y a los 23 para las mujeres y en 1995 el promedio fue a los 30 y a los 27, respectivamente. Entre las razones que mencionan los protagonistas figuran: «se puede gozar de una vida plena sin casarse» (21 y 24% para hombres y mujeres) y «la mujer ahora puede ser independiente» (19%). (*Niponia*, 1999).

Síntesis final. Si se obtuvieron estos resultados, significa que, en primer término, se confirma la hipótesis propuesta. Por tanto, se puede afirmar ahora con mayor fundamento que los adolescentes actuales *conviven en un clima de armonía con sus padres* y que *al sentirse aceptados y respetados están menos urgidos por lograr su independización del hogar parental. Esta nueva variable afectiva asoma como una cuestión de tanto o mayor peso que la económica, que es generalmente invocada como exclusiva.*

Pareciera aceptable que si se reemplazó dictadura por democracia y falta de expresividad afectiva por gestos de amor y ternura, ¿quién tiene necesidad de *volar* del nido antes de darse *condiciones afectivas* más favorables? Entonces los adolescentes de fin de siglo al estar en el hogar parental no duermen con enemigos, sino con compañeros (“compañeros del alma, compañero”, decía el poeta Miguel Hernández). ¿No son razones poderosas para quedarse? ¿Se puede abandonar tan fácilmente a padres que cuidaron y que aún lo siguen haciendo con el mismo cariño y amor?

Consideramos que los resultados obtenidos en este estudio confirman cambios profundos en la relación familiar con hijos adolescentes y que los padres actuales rompen con los modelos parentales autoritarios. Son y serán, por tanto, otros padres los del comienzo del siglo XXI.

Para finalizar y dejar abierto el debate, sintetizamos los puntos arriba desarrollados:

1. Los adolescentes actuales conviven en un clima que les lleva a estar menos urgidos por lograr su independencia del hogar parental. Las familias con hijos adolescentes que inauguran el nuevo milenio son protagonistas de un cambio profundo en las relaciones paternos-filiales. Tal vez por provenir de hogares con padres dictatoriales -o éstos crecidos en sociedades con ese espíritu-, los nuevos padres lejos de hacer activamente con sus hijos lo que ellos padecieron en su propia niñez, quieren para sus descendientes todo lo

opuesto: tratarlos como les hubiera gustado ser tratados en su infancia y adolescencia. Por tanto, los roles parentales actuales se caracterizan por líneas democráticas, de intercambio de ideas, de respeto hacia los demás incluyendo para sus hijos, cariño, cuidado y amor.

2. La familia argentina con hijos adolescentes llega al nuevo siglo empleando modalidades inéditas en el desempeño de sus funciones. Al respecto, *hipotetizamos* que para este logro influyó, en parte, la prédica constante que a través de los medios de comunicación han hecho los psicólogos, psiquiatras, sociólogos y otros que se han ocupado de la condición humana.

3. Los adolescentes de fin de siglo piensan en independizarse pero no para librarse de los padres sino porque les da alegría, para hacer su experiencia, para lograr independencia o porque se sienten adultos. A la mayoría no les preocupa librarse de los padres ni les causa miedo marcharse y menos aún a perder a sus padres. Es decir, al final del siglo, los adolescentes consideran a la emancipación como parte de su proceso de crecimiento y no como necesidad para liberarse de hogares o padres opresores. El viejo lema «no importa dónde ni con quién pero lejos de los padres» está siendo reemplazado por “mis padres me quieren, en casa tengo lo mejor”.

4. Se confirma que hay demora para vivir independientemente, pero tal postergación no se debe *únicamente* a la variable económica. Postulamos aquí que el nuevo milenio encuentra otra variable, de índole afectivo, que resulta tanto o más poderosa que aquella. «Estudiar la adolescencia tan sólo como una característica social determinada sería realizar una abstracción muy parcial de todo un proceso humano» (Knobel, 1973: 36),

5. El marcharse está asociado más al placer, a la alegría de ser protagonista que a librarse de padres opresores y de tener que irse para dejar de respirar aire asfixiante. Contrariamente a aceptar la visión de que tal permanencia en el hogar hace que los adolescentes se conviertan en jóvenes irresponsables, consideramos que aquí se está gestando otro tipo de responsabilidad: la de atesorar amor y cariño para que en un futuro no lejano puedan cuidar a sus ancianos padres con el mismo amor con que han sido criados. Si fueron cuidados y atendidos, es de suponer que han incorporado el lenguaje del cariño y que el amor prevalecerá por encima del odio.

Por último, queremos compartir con ustedes dos preguntas para ampliar el debate: 1. Freud concibió las bases del complejo de Edipo dentro de un contexto social de fines de 1800. Si las hubiese ideado a comienzos del 2000 ¿hubiese afirmado que el odio del hijo hacia el padre es hasta el grado de tener que matarlo, como sucedió con Edipo? 2. Si la familia de fin del siglo XX imprimió cambios tan profundos, ¿cómo se entiende que en la actualidad haya tantos suicidios de adolescentes, tantas familias golpeadoras y tantos casos de drogadicción, por poner algunos ejemplos mínimos y comunes de las patologías predominantes de fin de siglo? ¿Cómo es posible que en EE.UU. en 1995 se registraron 4000 homicidios cometidos por adolescentes (Graham, 1997)? Por nuestra parte, para la primera no tenemos argumentos sólidos. Para la restante, creemos que hay muchas otras variables sociales que influyen para que se den resultados que, a modo de punta de iceberg, exhiben el lado oscuro de la familia humana. Pero a pesar de que las crónicas policiales muestren ese costado horrendo, aquí se probó que hay otra modalidad de relación basada en el respeto mutuo entre adolescentes y sus padres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abadi de Taraciuk, C. (1990). Adolescencia: vicisitudes del cambio. *Rev. de Psicoanálisis*, 47, 4: 708-723.
- Aberastury, A. (1973). El adolescente y la libertad. En Aberastury, A. y Knobel, M.: *La adolescencia normal* [1971]. 3a. ed., Bs. As.: Paidós: 15-34.
- Aberastury, A. y Knobel, M. (1973). *La adolescencia normal* [1971]. 3a. Ed., Bs. As.: Paidós.
- Adelson, J. (1978). La mística de la adolescencia. En Winter, G. D. y Nuss, E.M.: *Adolescencia y aprendizaje*. Bs. As.: Paidós: 123-129.
- Aguirre Batzan, A. (1994). Psicología de la adolescencia. En su: *Psicología de la adolescencia*, Barcelona: Marcombo: 5-42.
- Alvarez Murena, S. (1999). Italia, país de inmigrantes. *La Nación*: 23-10, 1a. Sec.: 8.
- Anzillotti, A.B. (1995). Adolescentes: sexualidad en tiempos de confusión. *La Nación*: 13-09, sec. 3: 5.
- Blos, P. (1971). *Psicoanálisis de la adolescencia*. México: Joaquín Mortiz.
- Bonelli, E.L. (1999). La intolerable exclusión laboral. *La Nación*: 5-10: 11.

- Brunet, C. (1993). Hijos vs. Padres. *Claudia*: 54-56.
- Castelnuovo, A. (1990). La adolescencia como fenómeno cultural. *Rev. de psicoanálisis*, 47, 4: 661-672.
- Daiha, A. y Barro, M.F. (1995). Encuesta. Planeta teen. ¿Qué quieren y cómo piensan los adolescentes de todo el mundo? *Noticias*, 30-04: 142-149 (reproduce la encuesta de DMB&B, 1994-95).
- Dolto, F. (1993). *La causa de los adolescentes*, Bs. As.: Seix Barral.
- Demoscopia (1999). Instituto para la investigación. Estudio para Deutsche Bank. Comunicación personal. Los autores les agradecemos a los Sres. Hartmut Hentschel y Luis Acevedo por haber adelantado las cifras que aquí se mencionan y cuya publicación está en prensa.
- Deutsche Bank (1993). *La juventud argentina*. Bs. As.: Planeta (investigación realizada por Demoscopia).
- DMB&B (1994-95). Teen study. Perspectiva global y Latinoamericana (investigación de la agencia americana D'arcy, Masius, Benton & Bowles; En: Daiha, A. y Barro, M.F., (1995). El acceso al estudio completo fue facilitado por la agencia argentina Graffiti / DMB&B. Los autores les agradecemos a sus directivos y a la Lic. Ana Castilla.
- DMB&B (1996). Bienvenido al planeta adolescente. El acceso al estudio completo fue facilitado por la agencia argentina Graffiti / DMB&B. Los autores les agradecemos a sus directivos y a la Lic. Ana Castilla.
- DSM-IV. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (1995). Barcelona: Masson.
- Niponia* (1999). N° 9, 15 de julio. Descubriendo Japón. Casarse en Japón.
- Erikson, E. (1980). *Infancia y sociedad* [1950]. 8a.ed., Bs.As.: Paidós: 222-247.
- Fernández, F.(1999). Jorge Marrale. Entre aplausos y pañales. *La Nación*: 23-10, 4a. Sec.: 8.
- Freud, S. (1917). *O.C.* Bs.As: Amorrortu, 1980; t. 16: 292-308. 21ª conferencias de introducción al psicoanálisis. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales.
- Graham, E. (1997). Ya vienen los nuevos adolescentes. *The wall street journal americas* (reproduce *La Nación*: 06-02; 2ª.: 7)
- Guerrero, L. (1996). Vivir con mamá y papá. *Revista La Nación*: 02-06: 32-36.
- Henriques Mueller, M.H. y Yunes, J. (1993). Adolescencia: equivocaciones y esperanzas. *Género, mujer y salud en las Américas OPS* (Organización Panamericana de la Salud), publicación científica N° 541: 46-67.
- INDEC (1995). *Análisis demográfico*, serie 5, último censo, 1991.
- Informe argentino sobre desarrollo humano 1995* (1995). Bs. As., Honorable Senado de la Nación.
- Insua, I.E. (1995). Intervenciones en el ámbito familiar en psicoterapia individual de adultos jóvenes. Asociación argentina de psicoterapia. *XXV Congreso Interamericano de Psicología*. Puerto Rico, 9-14 de julio.
- Kancyper, L. (1990). Adolescencia y desidentificación. *Rev. de psicoanálisis*, 47, 4: 751-760.
- Kanenguiser, M. (1999). Desempleo y pobreza atacan a los más jóvenes. *La Nación*: 02-11, 2a.: 1 (estudio realizado por Equis, sobre la base de datos de la EPH, del INDEC).
- Knobel, M. (1973). El síndrome de la adolescencia normal. En: Aberastury, A. y Knobel, M.: *La adolescencia normal* [1971].3a. ed., Bs. As.: Paidós: 35-109.
- La Nación* (1999). Informe sobre la población mundial. 22-09: 15.
- La Nación* (1999). El planeta tiene desde hoy 6000 millones de habitantes. 15-10: 4.
- Lanz, M. (1998). Dall'adolescenza alla giovinezza: continuità e cambiamenti. *Eta evolutiva*, 61: 56-63.
- Mahler, M. (1984). *Estudio 2 separación-individuación*. Bs. As.: Paidós.
- Moraleda Cañadilla, M. (1994). Relaciones parentales del adolescente. En: *Psicología de la adolescencia*. A. Aguirre Baztán (ed.), Barcelona: Marcombo: 243-269.
- Naciones Unidas (1995). La población, la familia y el hogar. En: *Situación de la mujer en el mundo, 1995. Tendencias y estadísticas*. Nueva York: Naciones Unidas: 1-40.
- Noticias* (1993). Estadísticas (fuente: *Enciclopedia Británica*) 05-12.
- Rojas, P. (1994). ... Y el nene no se va. *Viva* (Diario Clarín), 19-06: 74-81.

- Scabini, E. (1998). Il paese dei cocchi di mamma. *Psicologia contemporanea*, Nov.: 50-55.
- Siedmann, M.L., de Armesto, A. y Luraguiz, L.M. (1990). Aportaciones al proceso de separación- individuación en la adolescencia femenina. *Rev. de Psicoanálisis*, 47, 4: 614-622.
- Sullerot, E. (1993). *El nuevo padre. Un nuevo padre para un nuevo mundo*. Barcelona: Ediciones B.
- Torrado, S. (1995). Cómo serán las familias argentinas. *Revista del 50 aniversario Diario Clarín*, 28-08: 12-22.
- TVE. (Televisión Española, canal internacional) (1995). *Ciclo aventura del saber*. Setiembre. Investigación: *INJUVE*.
- UN (1995). (véase Naciones Unidas, 1995).
- Urribarri, R. (1990). Sobre adolescencia, duelo y a posteriori. *Rev. de Psicoanálisis*, 47, 4: 785-807.
- Viva (Diario Clarín) (1995). ¿Qué tienen los jóvenes en la cabeza? Encuesta de UNICEF. 13-08: 56-60.
- Yablonsky, L. (1993). *Padre e hijo. La más desafiante de las relaciones familiares*. México: Manual Moderno.